Cristina

Me dices que no me preocupe, que ya veré cómo no es nada, que lo más probable es que sea una distensión muscular, o una tendinitis, o tal vez algo óseo, osteoporosis o artrosis (Como las viejas, apuntas, divertido, para quitarle hierro al asunto), todo cosas que se pueden atajar o mantener a base de reposo, de fisioterapia, de suplementos vitamínicos o de medicamentos que ralentizan la pérdida de hueso y aumentan su densidad como los que toma mi madre, Fosamax, Actonel, eso me dices mientras yo, las manos sobre mi rodilla derecha, ejerzo presión sobre la articulación para intentar, en vano, que esa extraña sensación de hormigueo y de falta de fuerza remita, se diluya, desaparezca. Mañana saldrás de dudas y te quedarás tranquila, cariño, añades, y yo asiento con la cabeza porque, en efecto, mañana tengo cita en la consulta del neurólogo para conocer los resultados del rosario de analíticas y pruebas de distinta índole, óseas, musculares y neurológicas, que me han estado realizando todo este tiempo atrás para averiguar la naturaleza de mi dolencia, para saber qué le sucede a mi pierna derecha, por qué me falla, por qué, en ocasiones, pierde la fuerza y no me responde, por qué, también, cuando camino tengo que concentrarme no solo en levantarla para no arrastrarla sino,

incluso, a veces, en no irme hacia los lados porque siento que soy incapaz de mantener el equilibrio.

De repente me acuerdo de que, tan pronto como aparquemos y lleguemos a casa de mis padres, tendré que subir tres pisos a pie, seis tramos de escaleras en total, porque su bloque no tiene ascensor, y resoplo en señal de disgusto. Cuando por fin llegamos a la calle adyacente a la de mis padres, una en cuyo extremo hay una explanada en la que solíamos aparcar, nos topamos de frente con la sorpresa: su solar, ese donde de niña tantas veces jugara con mis amigas y donde se celebraban las verbenas del barrio, no permite el aparcamiento, han comenzado a vallarlo, sin duda ayer o esta misma mañana a tenor del escaso avance en la colocación de la estructura metálica, y su entrada (la salida se realiza por otra calle) está precintada por una cinta de la Policía Local junto a la cual hay una señal que advierte tanto de la prohibición de aparcar en él como de la obligatoriedad de retirar en un breve espacio de tiempo, en apenas dos días, todos los vehículos que todavía permanecen en su interior. Junto a la señal de la Policía Local, una enorme lona que cubre buena parte de un trozo del entramado metálico que ya han colocado nos da la respuesta al porqué de esta situación: «Próxima promoción: urbanización Los Naranjos». En ella, en el extremo derecho, se muestra un boceto en tres dimensiones de cómo quedará esa urbanización una vez esté construida, con varios bloques en tonos blancos y grises conformando la apariencia de una herradura y con una amplia zona común central con césped, juegos infantiles, piscina y pista de pádel. Es el inevitable signo de los tiempos. Todo cambia, musita con fastidio mi marido mientras, resignado, pisa el acelerador y continúa, calle arriba, en busca de aparcamiento. Son las ocho menos diez y por culpa de este contratiempo llegaremos tarde a casa de mis padres, donde hemos quedado todos (mi hermana Noelia y su marido Manuel, mi hermano Roberto, mis padres y nosotros) para celebrar el ochenta y seis cumpleaños de papá. Esa es la ver-

sión oficial, lo que le dije a mi madre, pero el hecho es que en realidad hemos organizado (he organizado) este encuentro familiar para despedirnos de él porque papá, enfermo terminal de cáncer, se va, se está yendo lenta e inexorablemente desde hace ya muchos meses y este será, casi con total seguridad, su último cumpleaños. Pienso en lo irónico de la situación (más que celebrar que cumple ochenta y seis años deberíamos celebrar que haya llegado a cumplir un año más, tan delicado como está de salud) y sonrío con tristeza: sin duda esta será la última vez en la que nos juntaremos todos, sus hijos, su mujer y él, en su casa, y a pesar de lo amargo de su razón de ser el cónclave tendrá los modos de una liturgia festiva con tarta, velitas y hasta regalos. Los obsequios (unas zapatillas, una colonia, un libro; las que presumiblemente serán sus tres últimas posesiones terrenales) los ha comprado mi hermana Noelia (No te preocupes de nada, Cristina, yo me encargo de los regalos de papá, me dijo) y por un instante me da por pensar que para qué nos hemos gastado dinero alguno en regalar a papá una retahíla de enseres que todos sabemos que disfrutará muy poco tiempo. Unos objetos que, dentro de no demasiado, cuando se haya ido, quedarán ahí, a la vista, en el dormitorio, en la mesilla o a los pies de su cama, como si se tratara del atrezo de un patético santuario, y nadie se atreverá a tocarlos, a quitarlos, como si en vez de simples enseres del día a día fuesen vestigios de una vida y vectores de su recuerdo. Pobre papá. Maldito cáncer.

Cuando dejamos atrás la explanada y continuamos, calle arriba, en dirección a la avenida, me invade una extraña sensación de tristeza porque pienso que dentro de no demasiados meses ya no existirá ese solar, que esa zona donde solo había asfalto resquebrajado, arena y malas hierbas pronto será una lujosa y moderna urbanización. No es que no crea que renovar la fisonomía del barrio de mis padres sea necesario, no soy tan necia como para dar la espalda a una obviedad tan grande, pero ver esa maldita valla me ha removido por dentro porque ha puesto patas arriba un pedacito de mi

particular orden mental. Allí, al fondo de ese solar, junto a un abandonado (por oxidado y roto) tobogán, está el banco, *mi* banco (así lo siento yo) en el que me besé por primera vez con un chico (el hijo de Alfonso, el dueño de la carnicería del barrio) y en el que, con una piedra puntiaguda, él horadó su superficie y escribió nuestras iniciales, una efe y una ce, Felipe y Cristina, separadas por un tosco y mal dibujado corazón. Cerca de allí, en un amplio tramo de cemento, es donde tantas veces pinté el suelo con tizas de colores para que mi hermana jugara a la rayuela; y justo detrás, en una pequeña zona de tierra, donde los abuelos de mis amigas, de María, de Inés, de Sandra, jugaban a la petanca. Todo eso ha venido a mi cabeza en un abrir y cerrar de ojos tan pronto como he visto esa valla, y esa lona, porque he tenido la sensación de que cuando esa explanada se haya convertido en la urbanización Los Naranjos algo en mí, un pequeño pedacito de mí, habrá muerto para siempre.

Sí, Miguel tiene razón. Todo cambia.

Al cabo de un rato de callejear, conseguimos aparcar en una punta del barrio, casi al final de una de las dos avenidas de las que consta, y echamos a caminar cogidos de la mano, despacio y en silencio, hacia la casa de mis padres, que queda a bastante distancia justo en el extremo opuesto. Conforme vamos cruzando la avenida, empiezo a advertir innumerables cambios en la fisonomía del que fuera mi barrio. Hace tantos años que no vivo en él que había dejado de estar al tanto de su evolución; además, siempre que venía a visitar a mis padres repetía la misma liturgia, aparcaba el coche en la explanada que pronto será la urbanización Los Naranjos y recorría los apenas cien metros de calle que la separan del bloque donde viven por la misma acera, sin dar un paseo por sus vías adyacentes, por lo que hace ya mucho tiempo que dejé de estar al tanto del devenir de sus negocios y de sus edificios, de la metamorfosis de ese paisaje urbano que tantas y tantas veces recorriera en mi infancia, mi adolescencia y el arranque de mi juventud. Pero hoy, lo que son las cosas,

obligada como estoy a transitar por sus calles, estoy descubriendo con mis propios ojos el imparable e irreversible proceso de transformación en el que está inmerso. Dentro de poco, dentro de muy poco, eso calculo, este barrio ya no podrá decirse que es un barrio obrero sino que en sus orígenes lo fue. El urbanismo cambia, está claro, y en estos tiempos lo hace, además, a una velocidad vertiginosa. Si quieres conocer la evolución de cualquier ciudad, me dijo en una ocasión mi hermana, obsérvala desde arriba, desde el cielo, con alguna aplicación satelital. Desde las alturas no solo verás su avance constructivo sino que podrás, incluso sin conocer nada del lugar que estés mirando, entender su evolución, localizar su núcleo primigenio, su casco histórico, señalar sus ensanches y sus nuevos barrios, su transformación, su expansión, de dónde viene y hacia dónde va, y diferenciar sus zonas por algo tan simple y curioso como las gamas cromáticas que se aprecian desde las alturas. ¿Edificios con tonos blancos, grises, negros y calles anchas? Barrios modernos. ¿Edificaciones con tonos ocres, marrones, beis y calles no tan amplias? Barrios de ensanche de hace treinta, cuarenta, cincuenta años. ¿Construcciones con tonos oscuros, parduzcos y vías angostas? Cascos históricos y barrios antiguos. Así de simple. En todo esto pienso mientras camino y compruebo que mi hermana estaba en lo cierto; este barrio, visto desde el cielo, ha de ser ocre, marrón, beis. Es un laberinto de calles unidireccionales plagado de edificios veteranos a izquierda y derecha, cada uno de una manera distinta, cada uno con una fachada diferente, cada uno con una altura dispar (los de cuatro y cinco plantas, los más habituales; pero también hay alguno más grande y, también, alguna casa aislada de una planta situada entre bloques, sin duda construcciones que originalmente estarían aisladas pero que fueron fagocitadas por el paulatino desarrollo urbanístico que sucedió a su alrededor), un barrio feo de solemnidad, un barrio que durante tantos años fue dejado a un lado por el Ayuntamiento porque cumplía perfectamente con su labor

—dar cobijo a buena parte de la masa proletaria de la ciudad con viviendas de precio asequible para el poder adquisitivo predominante entre sus vecinos— pero que, ironías de la vida, al estar perfectamente situado junto a otros barrios de nueva creación que con el paso de los años fueron disponiéndose a su alrededor, acabó por quedar emplazado en una ubicación privilegiada y, por lo tanto, sin comerlo ni beberlo acabó por tener un gran potencial urbanístico no solo por esa situación excepcional sino también por la amplitud de su extensión. Con estos mimbres sobrevenidos, de la noche a la mañana cambiaron las tornas y los promotores empezaron a volver la vista hacia él, iniciándose un imparable proceso de transformación en el cual se halla ahora inmerso, un proceso por el cual se está comenzando a edificar en solares y se está empezando a mirar con ojos golosos a determinados bloques (los pisos del sindicato, los de los extrarradios, también el de mis padres, por ejemplo) por lo que podría hacerse con ellos en caso de ser objeto de ambiciosas reformas o, directamente, de ser demolidos y construidos de nuevo. Urbanismo de usar y tirar, pienso mientras echo la vista delante en la avenida y veo la silueta de varias plumas entrecortadas en el cielo. Después de caminar unos minutos llegamos a una pequeña plaza donde se halla la parroquia del barrio donde tantas horas pasé de niña y no tan niña (la misa de los domingos acompañando a mis padres, la catequesis de la primera comunión, la de la confirmación, los encuentros de convivencia, los campamentos, la participación en las liturgias; de todo aquello tan solo me han quedado, como grabadas a fuego en mi memoria, cientos de citas bíblicas, eso y nada más, porque soy incapaz de acordarme de nada ni de nadie, ni de qué di en la formación catequética ni tampoco de los chicos y chicas que asistían conmigo, hay que ver qué curioso es el cerebro para ciertas cosas, qué capacidad tiene para hacer criba y almacenar, o desechar, información en virtud de nadie sabe muy bien qué) y me detengo un segundo a observar el edificio. ¿Qué haces?, me

dice Miguel. Y yo: Nada, cariño, tan solo quería mirar la parroquia. Hacía muchos años que no pasaba por aquí. Ya casi no me acordaba de cómo era. Sí, hacía muchísimo tiempo que no veía la parroquia, de igual manera que hacía muchos años que dejé de ir a misa porque me rebelé contra Dios, o contra el concepto de Dios que yo tenía, al no entender cómo había sido capaz de permitir que me sucediera lo que me sucedió. Luego (el tiempo todo lo cura o, al menos, lo mitiga), me reconciliaría con él, y también conmigo, porque acabé por entender que Dios no tuvo nada que ver con aquello, pero a pesar de eso nunca volví a pisar una iglesia. Disonancias: tengo fe, soy creyente, pero no soy practicante. No sé por qué, pero mi recuerdo de la parroquia era otro, era el de un edificio más imponente, más majestuoso. Pero no lo es: es una construcción amplia, eso sí, pero minimalista en sus formas, discreta en sus materiales y, en consonancia con el resto del barrio, poco agraciada desde el punto de vista estético. En ese preciso instante me acuerdo de nuevo de mi hermana (ella es arquitecta, ve el mundo con otros ojos), en una ocasión en la que estábamos tomándonos un café en una terraza de un bar situado frente a un precioso templo religioso del casco histórico y tuvimos una conversación sobre arquitectura. Mira esa iglesia, me dijo. ¿Te das cuenta? —siguió—. Ya no construimos, no edificamos, nada con la pretensión de perdurar, como sí que lo hacían nuestros antepasados. Es la tragedia de la arquitectura moderna, se ha vuelto pragmática, funcional, la mueve la necesidad, y la necesidad es enemiga de la belleza y la majestuosidad; observa su fachada, me dijo, mira qué preciosidad, qué remates de macetones, qué pilastras, qué volutas, qué molduras, qué arcos, qué rosetón. Eso es arte para la eternidad, señaló, arquitectura atemporal que durará miles de años y que siempre será considerada bella. Y será así porque así quisieron que fuera cuando la construyeron, porque la hicieron para honrar a Dios y porque para honrar a Dios no había otra manera de hacerlo que así. Los templos de hoy en día no honran

a Dios, más bien lo deshonran. Son edificios fríos, no transmiten, usan el ladrillo y otros materiales poco nobles, optan por el minimalismo en la estética pero lo hacen sin gusto, sin pasión. Son iglesias de quita y pon, de usar y tirar. No perdurarán, no durarán, las iglesias modernas son salas contenedoras de personas, servirían igual para oficiar una misa que para hacer una junta de vecinos o una tertulia literaria, y son así porque el hombre dejó de construir movido por el sentimiento y comenzó a construir movido por otros motivos, por la necesidad, por encargo o por intereses. Ya no se construyen templos como Notre Dame de igual manera que ya no se construyen castillos, palacios o pirámides. El culto a los dioses, o el culto a las personas, ya pasó. Ya no hay faraones a los que enterrar en pirámides ni emperadores que ordenen construir una residencia palaciega ni países o territorios que tengan que ser defendidos por murallas o fortificaciones, de igual manera que el culto, o el temor, a Dios ya no mueve a las personas a erigir templos formidables. Aquello pertenece a tiempos pretéritos que jamás volverán. Ahora construimos cualquier cosa a sabiendas de que dentro de cuarenta, o de cincuenta años, una pala lo tirará abajo y volverá a edificarse otra cosa, la misma o diferente, más moderna y adaptada a las vanguardias imperantes, y por eso nadie se rompe demasiado la cabeza en hacer grandes artificios. Para qué preocuparte por erigir columnas de complicadísima ejecución coronadas con capiteles corintios o de ménsula pudiendo despachar la necesidad con un pilar austero y liso. Para qué perder tiempo, y dinero, en ejecutar una virguería arquitectónica si total dentro de medio siglo la van a derribar y no quedará ni su recuerdo. Para qué si, además, lo que interesa hoy en día es rentabilizar al máximo la cosa constructiva, sacar la máxima tajada con el mínimo esfuerzo posible. Economía de mercado. Yo, muy atenta, me limitaba a escuchar. Siempre me gustó escuchar a mi hermana cuando hablaba de arquitectura porque lo hacía con una pasión contagiosa y porque siempre aprendía nuevas cosas. ¿Sabes

cuántos años tardaron en hacer el Duomo de Milán?, me preguntó. Y sin dejarme siquiera contestarle que no tenía ni idea siguió hablando: Seis siglos. Empezaron a construirla en 1386 y la terminaron en 1965, cuando se completó la fachada. Seis siglos, Cristina, me dijo. Y luego añadió: ¿Y la Basílica del Pilar? Ni idea, me apresuré a decirle. Y ella: Casi trescientos años. Siguió: ¿Y Notre Dame? Pues casi dos siglos. ¿Y el Vaticano? Ciento veinte años. Y remató: ¿Y sabes cuánto tardaron en construir la parroquia del barrio de papá y mamá? (He aquí el detalle por el que esta conversación me ha venido a la cabeza). Yo me encogí de hombros. Un año y medio, me dijo. Ahí tienes la diferencia. ¿Y por qué antes tardaban siglos y ahora tardan dieciocho meses? Pues, independientemente de los avances técnicos, que también han ayudado a acortar los plazos, porque ya ves cómo son ahora las iglesias. Compáralas con las que te he nombrado. Compara sus formas, sus dimensiones, sus detalles, sus complicaciones. Pero no tienes que irte a estos ejemplos tan bellos. Coge cualquier iglesia románica, coge cualquier iglesia barroca, ya no hablemos de las góticas, por muy humildes que sean, y compáralas con las actuales. Y como te digo iglesias te digo cualquier cosa. Mira los edificios o los palacios antiguos, mira sus fachadas, su altura de techos, sus detalles, sus materiales de construcción, su belleza estética, y compáralos con los edificios actuales, con sus formas, con sus volúmenes, con sus acabados toscos, todos de acero y hormigón, aberraciones arquitectónicas, todos insulsos, todos feos; ahí tienes el Ayuntamiento de Barakaldo o la Torre de la Rosaleda en Ponferrada, feos como ellos solos. Ya ves qué maravilla (te reíste al decir esto) es la arquitectura contemporánea, ya ves qué legado de mierda vamos a dejar a quienes nos sucedan. Ya ves lo que fuimos y ya ves lo que hemos llegado a ser.

Dieciocho meses, musito de manera casi imperceptible mientras observo la parroquia. Arquitectura de quita y pon. Sí, Noelia tiene, tenía, razón. Nada se construye ya con visos de perdurar, y el urbanismo cambia a un ritmo vertiginoso

como consecuencia de modas, de voluntades políticas o de factores que, un buen día, suceden porque sí. El barrio de mis padres está en proceso de extinción tal y como lo conocía, es como un extraño tetris en el que cohabitan edificios en demolición con otros en aras de ser demolidos y otros de inminente o reciente creación, conformando todo ello un variopinto lienzo lleno de solares plagados de escombros, mallazos y plumas, de edificios viejos que afean el *skyline* de los modernos, pero también (daño colateral del cambio en el paradigma constructivo y, por lo tanto, del tipo de vecinos que se pretende ubicar aquí, gente de cierto nivel económico dispuesta a pagar la indecencia que se pide por los pisos de nueva construcción) de negocios cerrados y otros en vías de hacerlo por su terrible descontextualización en este nuevo escenario —en esta tesitura está el taller de mi padre, el que fuera el taller de mi padre que ahora es el de mi hermano— pero también de otros nuevos de reciente o próxima apertura. Es como si el barrio entero fuera un extraño gusano que, en su evolución hacia la forma de mariposa, estuviera experimentando todas sus fases, huevo, larva, crisálida y mariposa adulta, de manera simultánea.

Consulto mi reloj: son las ocho y diez. Justo en ese momento, me suena el teléfono. Es mi hermana. Hola, Cristina, ¿qué pasa que todavía no habéis llegado?, me dices. Y yo: Hemos tardado en aparcar. En cinco minutos estamos allí. Silencio. Cristina, continúas hablando a la vez que bajas ostensiblemente el tono de voz, cuando vengas y estemos todos os voy a anunciar una cosa, pero por favor quédate con esto: siento no haberte dicho nada antes, pero es que ha sucedido todo a una velocidad vertiginosa. Y yo: ¿Pero qué cosa? ¿Te pasa algo? Y tú: No te preocupes, Cristina, de verdad, que te lo explicaré. Pero hoy no digas nada, por favor. Tú solo confía en mí, ¿vale? Y yo, extrañada: Está bien.

Cuelgas.

Rafael

Te veo moverte por toda la casa. Estás nerviosa, mujer, vas de aquí para allá como pollo sin cabeza, haciendo viajes y más viajes de la cocina al comedor y del comedor a la cocina para poner vasos, servilletas, cubiertos. Para tener todo listo para cuando lleguen Cristina y Miguel y nos juntemos todos a la mesa para picotear las cuatro cosas que ha traído Noelia y hacer algo parecido a una merienda cena con la que celebrar mi cumpleaños. Veo en ti el mismo comportamiento que hace tantos años advertía en mi madre cada vez que recibía una visita en casa, una sobrevenida hiperactividad para cualquier cosa, como si por desarrollar cualquier acción más deprisa, o con más intensidad, estuviera demostrando algo, vigor, autonomía, eficiencia. Yo qué sé. Quizás tenga algo que ver con el hecho de que, de viejos, todos, en mayor o menor medida, acabamos por comportarnos igual. Ley de vida, supongo. No me apetece ver a nadie; no me encuentro nada bien, pero te prometí que haría un esfuerzo y no me iría a la cama, como siempre suelo hacer sobre estas horas porque, al igual que hoy, estoy agotado y dolorido. Agotado, dolorido y también aletargado, como sumido en una especie de soporífera somnolencia de la cual no soy capaz de salir. No tengo sueño, cómo cojones voy a tener sueño si duermo doce o catorce horas todos los días, pero es que noto como si

un *algo* invisible me impidiera tener vitalidad y me obligara a permanecer en un asqueroso duermevela. Supongo que la pila de mi cuerpo me está dando señales inequívocas de que está llegando al final de su vida útil. Pero hoy es un día especial y tendré que echar el resto. La ocasión lo merece, me dijiste (en realidad repetiste como un papagayo la frase que te había dicho Cristina), y yo me limité a asentir con la cabeza. Tantos años no se cumplen todos los días, añadiste (no dijiste la cifra porque sin duda no recuerdas cuántos son los que cumplo), y por eso aquí estoy, sentado en el sofá del salón, con la máquina de oxígeno enchufada a mis fosas nasales (EPOC y cáncer de pulmón en estadio cuatro, mala combinación), en silencio, concentrado en respirar y poco más, ajeno a la intrascendente conversación que están manteniendo Manuel y Roberto mientras Noelia está hablando por teléfono casi en susurros con vete tú a saber quién, a la espera de que el tiempo pase, y con él esta astracanada, y luego volvamos a quedarnos en casa tú y yo solos, tranquilos, en silencio. En paz. No sé por qué te hice caso. No sé por qué me plegué a tu voluntad de celebrar mi cumpleaños (o tal vez sí que lo sepa: porque, resignación cristiana, en el fondo no quería llevarte la contraria, no quería alterar tu orden mental, a pesar de que muchas de las cosas que haces o dices últimamente no responden a lógica alguna), porque no hay nada que celebrar. Me muero, joder, me estoy muriendo desde hace ya mucho tiempo, pero mi cuerpo y la medicina se empeñan en mantenerme aferrado a la vida. A una vida que hace ya mucho tiempo que dejé de disfrutar porque no tiene ningún atractivo ni aliciente. Hace ya tanto que dejé de hacer las cosas que antes me gustaban, ver en la televisión el fútbol, los documentales de animales o de viajes, escuchar la radio, leer sobre cualquier cosa que hablara de mecánica. Joder, ¿por qué ya no me llaman la atención esas cosas?, ¿cuándo empezó a no interesarme nada? No lo sé. El caso es que también me sucede que desde hace ya algún tiempo, y en los últimos meses con una intensidad especial, todos los

días me parecen iguales. Me da igual lunes que jueves, viernes que domingo, enero que octubre o marzo que agosto. No hago nada diferente, nada novedoso. Ni siquiera salgo de casa porque no puedo, no tengo fuerzas ni ganas y, maldita sea, vivir en un tercero en un bloque sin ascensor tampoco ayuda demasiado a cambiar esta situación. Supongo que, si viviésemos en un bloque con ascensor, al menos Cristina, o incluso alguna vez Noelia (¿me sorprendería alguna vez Roberto prestándose a ello?) me sacarían a dar un paseo por el barrio, y tú vendrías también con nosotros, pero no es el caso. Así están las cosas. Vivo encerrado en este piso, pero al menos tengo el consuelo de que estoy contigo, Soledad, de que estando aquí puedo, en cierto modo, cuidar de ti. Yo tengo el cuerpo hecho mierda pero la cabeza intacta, pero tú estás justamente al revés. Menuda ironía, ¿verdad? Me moriría encantado si no fuese por ti, porque no quiero dejarte sola, no me quiero ni imaginar qué será de ti cuando yo no esté. Si no fuese por ti, morirme, en cierto modo, me daría igual porque, en términos generales, he tenido una vida larga (ochenta y seis tacos en el almanaque ya son años) y razonablemente buena más allá de este último jalón del camino. Cristina, Noelia y Roberto tienen sus vidas encauzadas, cada cual a su manera y con sus particularidades, y creo que durante el tiempo en el que tuve que educarlos y criarlos fui un buen padre, o al menos no fui un mal padre. Espero que me recuerden así. A veces me da por pensar en eso, en cómo me recordarán cuando yo no esté, o también en qué dirán en mi funeral (¿cuánta gente irá? No creo que mucha) Cristina o Noelia (Roberto seguro que no) cuando suban al altar a decir unas palabras en mi memoria. No lo sé. Pero eso, cuando llegue el momento, a mí ya me dará igual porque ni sufriré ni padeceré. Cuando yo me muera todo me importará ya un carajo, o más que eso en realidad lo que sucederá es que nada de lo que pase dependerá ya de mí, así que todo habrá dejado de importarme y afectarme. Pase lo que pase, será lo que Dios quiera. Eso sí, solo espero que, cuando llegue ese

momento, Dios quiera para ti lo mismo que quiero yo y por lo tanto estés siempre cuidada y acompañada.

Suena el timbre. Por fin llegan mi hija y su marido.